

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2003.11.779>

Ana Rosa DOMENELLA, coord., *Territorio de Leonas. Cartografía de narradoras mexicanas de los noventa*. México, Casa Juan Pablos/UAM-Iztapalapa, 2001. 382 pp.

Les femmes viennent se recueillir devant la statue de Sakhmet, la déesse-lionne du temple de Karnak, quand elles attendent un enfant...
En Inde, elle représente "l'arbre de la vie".

Le Symbolisme animal

Si no hubiera tenido la oportunidad de escuchar una buena parte de los ensayos aquí reunidos bajo tan sugerente y simbólico título, me habría preguntado antes de abordar su lectura si tendría que recurrir al saracof¹ y al rifle para adentrarme en ese territorio que así se nos anuncia como ignoto y peligroso. Esa también podría ser la impresión del lector o lectora que se dispone a incursionar en tan rico volumen. Y es que, el epígrafe con el que Ana Rosa Domenella, coordinadora del volumen, nos invita a adentrarnos en sus cerca de cuatrocientas páginas, no podía sugerir mejor el espíritu que durante más de tres lustros ha animado al taller "Diana Morán" en el

¹ Palabra inexistente en el diccionario y que no es sino la deformación de *salacot*, vocablo del tagalo que se habla en Filipinas y que designa un sombrero de tiras de paja cuya forma corresponde a la del casco colonial usado por los ingleses.

que surgió nuestro libro: explorar desconocidas tierras literarias que, como en las inscripciones cartográficas del mundo premoderno, señalan la presencia de seres peligrosos, en este caso las leonas, las mujeres.

En la mayoría de las culturas y a lo largo de los siglos, las referencias simbólicas a estos felinos son incontables. Pero me limitaré a evocar sólo algunas que me parecen especialmente significativas, en relación con la materia de la antología. Según Herodoto, la leona es el animal salvaje más valiente y audaz de todos; por su parte, Aristóteles y Fedro también alabaron su coraje y su nobleza. En la mitología hindú existe una representación iconográfica de la leona *shardula* que corresponde a la manifestación del Verbo. En otras mitologías el león está asociado al sol y, por extensión, al fuego.² Para los griegos, las leonas aladas con cabeza de mujer simbolizaban la perversidad femenina, enigmática y cruel. En el arte funerario romano este felino representaba la voracidad de la muerte y en la civilización cristiana era símbolo del demonio. Según Valeriano, la leona, cuya carne tenía poderes afrodisíacos, era una puta por copular con el gatopardo.

Para no alargar más estas referencias, ya sólo los remitiré al poema de Amado Nervo, evocado en la contraportada de la antología. En el brevísimo texto de sólo seis versos, titulado “Los manantiales” e incluido en *El estanque de los lotos* (1917), el poeta recomienda al lector interpelado en el umbral del volumen que lea “los libros esenciales” y “beb[a] leche de leonas”.³ Según varias fuentes antiguas consignadas en la enciclopedia de símbolos animales, la leona es vista como una hembra que pare pocas crías y, por lo mismo, su leche es escasa y sumamente preciada. Me atrevo a pensar que, por ello, el poeta nayarita valora en el mismo rango la lectura de unos cuantos libros (Platón y Pitágoras, Marco Aurelio y Epicteto, la Biblia y los “indos”), es decir, los esenciales, por lo que precisa que la leche debe ser no de cualquier mamífero, sino de esa fiera asociada al fuego, al coraje y a la nobleza. Muchos de los rasgos atribuidos a esta hembra podemos identificarlos en las creaciones de las leonas que escriben novela, poesía o teatro, así como en las páginas de esas otras leonas que escriben sobre las primeras.

Así, nuestro *Territorio de Leonas* despliega ante el lector un mapa literario que entraña una gran variedad de hallazgos, y mis comentarios sólo intentarán apuntar algunas de las marcas sobresalientes de lo que podríamos llamar una topografía crítica, pues para descubrir y apreciar cabalmente

² Por cierto que la “Caja mítica” de Cynthia Martínez que luce como portada del libro sugiere una suerte de complicidad mágica entre hembras humanas y felinas bajo el influjo de los dorados rayos solares.

³ Citado en la cuarta de forros.

pendientes y precipicios, llanuras y montañas, refugios reparadores o accidentes del terreno, cada quien tendrá que internarse por cuenta propia en esos parajes.

En su atinada y documentada "Introducción", Ana Rosa Domenella adelanta que el propósito de esos ensayos sobre obras publicadas en la década pasada por escritoras mexicanas nacidas entre 1920 y 1970 es "señalar algunas marcas genéricas y espacio-temporales" (p. 19). Tal propósito no es desde luego ni casual ni arbitrario, ni mucho menos efecto de alguna pose teórica, carente de todo sustento. No. La coordinadora del libro no pudo definir mejor lo que yo llamaría "la filosofía del taller" al reformular lo planteado por Nelly Richard, quien considera a la literatura escrita por mujeres como un conjunto de textos "cuya firma tiene valencia sexuada" y cuyo análisis apunta, desconfiando de todo sistema monolítico en torno a un saber "consagrado", a desprender o a construir "un sistema relativamente autónomo de referencias y valores que le confiere unidad a la suma empírica de las obras que agrupa" (p. 20). Es decir que, lejos de descalificar de entrada las herramientas científicas utilizadas en las diversas disciplinas que convergen en los estudios feministas, el eclecticismo de los enfoques aplicados reafirma el peso clave de la experiencia subjetiva.

Ahora bien, de la incursión por este territorio inexplorado se desprende la existencia, todavía a ratos controvertida, de nexos muy estrechos entre género, cultura, sexualidad, textualidad, identidad y poder. Es pues en este sentido que, gracias a los ensayos de las colegas del taller,⁴ podemos desplazarnos más lúcida y autorizadamente en la creación literaria de las leonas que habitan esas tierras. De este modo, el eje que guía la reflexión y el análisis de todos los textos está trenzado con tres hilos principales: las mujeres-escritoras, de México y de fines del siglo xx.

Detengámonos un poco en el andamiaje teórico que subyace en el trabajo analítico de cada ensayo. No cabe duda, por ejemplo, de que al remplazar la categoría de sexo por la de género, la crítica feminista de los ochentas pudo rastrear mejor los mecanismos mediante los cuales se ha condicionado social y culturalmente, a través de la historia, a la especie humana. Tampoco cabe duda de que dichos mecanismos son determinantes de las representaciones construidas por hombres y mujeres y de que la literatura es un espejo privilegiado para captar tales imágenes. Nada de esto escapó al ojo observador de nuestras leonas cuando se adentraron en espacios abiertos por las primeras, y así nos hacen penetrar en dominios casi completamente

⁴ Cuya trayectoria y labor está resumida en la segunda y tercera de forros, donde se mencionan algunas de las publicaciones fruto de proyectos colectivos.

ignorados hasta ahora. Aquí suscribo a las declaraciones de Annette Kolodny, citada por Adrienne Rich, ambas importantes representantes del feminismo norteamericano de los setentas:

Todo lo que la feminista afirma es su propio derecho equivalente de liberar nuevos (y quizá diferentes) significados de estos mismos textos; y, al mismo tiempo, su derecho de elegir cuáles aspectos de un texto considera relevantes, porque ella, después de todo, le plantea (al texto) preguntas nuevas y diferentes. A lo largo del proceso, no pretende que sus distintas lecturas y sistemas de lectura tengan un carácter definitivo o redondez estructural, sino tan sólo que sean útiles para reconocer los logros particulares de la mujer como autora, y se apliquen para descodificar concienzudamente a una mujer como signo (1999: 79).

En su “Introducción” a *Otramente: lectura y escritura feministas*, Charlotte Broad evoca a dos feministas de los setentas —Nina Baym y Jane Tompkins—, para quienes hasta esas fechas las mujeres que escribían eran consideradas como “islas solitarias de significación simbólica, sólo disponibles para ellas mismas y sólo descifrables por ellas mismas” (1999: 16).

Ligando lo anterior con los textos de *Territorio de Leonas* vemos que el corpus examinado, como ya dijimos, corresponde a obras publicadas únicamente en los noventas. Sus autoras, en cambio, pertenecen a varias generaciones puesto que la antología las agrupa, según su fecha de nacimiento, en las cinco décadas que van de los años veinte a los setentas, una década por capítulo. Se nos ofrece así un total de veinticinco ensayos que analizan la obra más reciente de casi igual número de escritoras, entre las que figuran tanto las consagradas por el canon como aquellas que, acaso sin tantos bombos y platillos, pero no menos talento que las primeras, se han abierto un merecido espacio en el escenario de las letras mexicanas. Y, en fin, como era de esperarse de una compilación que pretende en una toma sincrónica (publicaciones todas de un mismo periodo) servir en la misma degustación vinos muy añejados con otros de cosechas muy jóvenes, el último capítulo agrupa a las escritoras que se perfilan como una generación promisoría, en proceso de maduración.

Por otra parte, es preciso señalar que la “Introducción” subsana muy documentadamente y explica aquello que algunos y algunas considerarían imperdonables omisiones de nombres clave en la narrativa mexicana contemporánea. Así se explica la no inclusión de ensayos sobre Elena Poniatovska, Rosario Castellanos o Laura Esquivel; es más, del excelente panorama que Ana Rosa traza sobre todo el periodo y en el que incluye las

referencias literarias más significativas sin distinción de sexos, inferimos que el criterio prioritario de los ensayos antologados fue la calidad frente a una engañosa exhaustividad.

Es también en este sentido que por razones de equidad prefiero no referirme a ninguno de los ensayos en particular porque ello implicaría no hacer justicia a los demás. Con esto reitero mi invitación a la lectura de la antología y, por supuesto, de las obras analizadas. No obstante, deseo hacer especial hincapié en el denominador común del conjunto: desde el vasto espectro de enfoques adoptados, destaca el sólido sustento teórico en el que cada uno se apoya para proponernos una lectura crítica y sensible de las obras seleccionadas.

A este respecto, debo subrayar que el rigor de los análisis queda de manifiesto en la pertinencia y actualidad de los soportes teóricos. Basta un vistazo no sólo a la bibliografía crítica que aparece al final del libro, sino a las referencias concretas que proporcionan las autoras, de acuerdo con la temática específica de cada ensayo. Así, cuando se habla de escritura femenina, de género, de narratividad, de autoficción, de tiempo-espacio, de nueva novela histórica o de nueva novela fantástica, los nombres ya canónicos de los y las pioneras anglosajonas, francesas o latinoamericanas van de la mano de otros más recientes pero no menos cuestionadores de los esquemas establecidos. Por dar un ejemplo, pienso en particular en los planteamientos de la llamada crítica poscolonial que en las últimas dos décadas han propiciado lecturas muy reveladoras de las consideradas literaturas marginales y que, resulta obvio, no remiten únicamente a las producciones culturales de los antiguos territorios colonizados por las potencias europeas, sino a las manifestaciones emanadas de grupos subordinados y dependientes: minorías étnicas en el primer mundo, mujeres, homosexuales, etcétera. Homi Bhabha, Gayatri Spivak, Edward Said, Franz Fanon o Edouard Glissant se codean con Ángel Rama, Néstor García Canclini, Roger Bartra... y la lista sería interminable.

La interdisciplina que se desprende de lecturas hechas desde la narratividad, el psicoanálisis, la hermenéutica, la historia, la teoría de la recepción, la perspectiva de género o desde la retórica, van arrojando luces muy diversas sobre esas tierras tan desconocidas de propios y extraños. La pluralidad de enfoques se traduce pues en que los ensayos no sólo abren la puerta al conocimiento de la obra narrativa femenina de los noventa en México, sino que gracias al andamiaje teórico en que se sustentan constituyen, en un segundo nivel, un repertorio bibliográfico de primer orden sobre las más variadas disciplinas vinculadas con el análisis y la crítica literaria. Una vez más resulta imposible mencionar la lista completa de mujeres y hombres

cuyos pensamientos, propuestas y cuestionamientos han servido de plataforma para identificar la naturaleza de los hilos con los que se tejen las obras de las escritoras estudiadas. A este respecto, me interesa señalar que las lecturas individuales ofrecidas por los ensayos integran un conjunto cuya coherencia interna equivale a una sólida propuesta teórica, que enriquece el panorama de los diversos acercamientos a la literatura femenina y a la realidad de la que surge. Ésta es, tal vez, la mayor aportación de las leonas de ambos grupos.

La reflexión que se practica dentro del taller, donde semana a semana se comparten lecturas, ideas e inquietudes en torno a la literatura, ha ido cobrando un perfil en el que se integran los conocimientos y la experiencia que las colegas, desde sus muy personales posiciones académicas, ponen en común. No me cabe la menor duda de que la solidez del trabajo colectivo queda una vez más de manifiesto con esta nueva entrega que, por más de una razón, constituye una pieza clave para el entendimiento de nuestra identidad como mujeres y como parte de una generación a caballo entre dos milenios y entre dos siglos convulsionados. Estoy segura de que gracias a este tipo de catalejos el territorio de leonas dejará ser un espacio subestimado y temido por desconocido. Ahora sólo nos resta acercarnos a nuestras congéneres, escuchar los rugidos de su maravilloso coro felino para dar a conocer el insospechado territorio que nos invitan a compartir con ellas.

Laura LÓPEZ MORALES

Bibliografía

FE, Marina, coord. 1999. *Otramente: lectura y escritura feministas*. México: FCE/UNAM.